



RETRATO DE MONSEÑOR PABLO CABRERA

Una existencia bondadosa.



U método consistía en estudiar apasionadamente. Su disciplina, en concretar el campo de actividad; de este modo llegó a efectuar perforaciones profundas en los archivos donde se inclinaba con la paciencia de un verdadero egiptólogo. El primer imán que atrajo su deseo de saber, fueron las informaciones indígenas. La etnología lo sedujo. Sus conocimientos adquirieron proporciones caudales.

Penetró en los acervos de Córdoba, donde hasta entonces (última década del siglo pasado) reinaba el silencio con que se consagran las tumbas. Penetró en aquel campo de muertos y dió la voz de «resurrexi».

Los estudios históricos aún no habían nacido en Córdoba. La Historia se relataba en los hogares por boca de los abuelos; la tradición recibía el matiz de las pasiones inflamadas. Cabrera no encontró escuela formal, ni maestro o guía que pudiera indicarle algún camino tendido, alguna labor científica iniciada.

Se aproximó a la historia por vocación. Nimio De Anquín se detiene ante el hecho y dice: «En el empeño puesto por Monseñor para realizar su obra, hay un sentido heroico de la ciencia. Al contemplar los elementos acumulados desde hace seis lustros y que recién resultan utilizables, cualquiera se pregunta de dónde sacó fuerzas en este desierto para perseverar en su empresa, tan lejana de los cálculos cartagineses. Es el misterio de las vocaciones, que permite realizar el milagro de alimentarse de sí mismo cuando el medio hostil priva al sabio del pan y agua del estímulo. El amor a la verdad se mide por esa perseverancia heroica, y cuando ella sirve a una inteligencia capaz de descubrir la lógica inmanente puesta como un don en el espíritu del autodidacta de raza, entonces suele florecer esa especie de árboles solitarios que ofrecen la primera sombra a los peregrinos de la ciencia». — (Del prólogo a *Los Aborígenes del País de Cuyo*).

Monseñor Gustavo Franceschi juzga así a Cabrera, ocupándose de su labor comenzada en un medio incipiente: «De alma muy poco cosmopolita, profundísimamente criollo, experimentó el deseo de conocer mejor su tierra para amarla con más intensidad. De ahí sus estudios históricos. Como me lo dijo en una oportunidad, no tuvo desde su juventud un plan preconcebido: las cosas iban saliendo solas, en virtud de la curiosidad que lo arrastraba a examinar el significado de un nombre indígena o a discernir la época de un mueble. Fué eminentemente autodidacta, a la manera de casi todos los argentinos de su generación. De ahí que su ciencia careciera de plena homogeneidad. Hoy se procede, quizás, con técnica más perfecta, pero es imposible superar a Cabrera en buena voluntad, y ésta suplió en muchísimas ocasiones la falta de una preparación escolar adecuada». — (Boletín de la Academia Argentina de Letras. Tomo IV, N° XIII — Enero-Marzo, pág. 48).

Su vida tuvo el ardor silencioso de la hormiga. De su casa acudía a los archivos; de allí regresaba con su cose-

cha y depositaba en su granero gozosamente la carga que cada día estibaba de los legajos, y crecía en sus anaqueles repletos, y en sus gabetas hartas de anotaciones.

Su técnica carecía de ostentaciones y de instrumental; no miraba el horizonte con catalejos, ni mensuraba el terreno con teodolito, pues todo lo observaba desde cerca, y medía marchando y deteniéndose sobre el terreno mismo que exploraba.

Poseía el concepto de la tolerancia y de la moderación en sus juicios; tomaba altura para hablar de los protagonistas de la Historia. Colocaba su afán en acumular testimonios documentales; le impresionaba el silencio que reina en el panteón de la Historia: todos mudos, muertos; las reyerías, las codicias, las ambiciones y las glorias, convertidas en cenizas; el rumor de las pasiones apagadas. ¿A quién interrogar? ¿Quién se incorpora cuando el historiador pide testimonios? ¿Cuál es el instrumento que nos sirve para cotejar el hecho? Un papel amarillento que la polilla ha roído; que duerme en anaqueles como en un féretro: con esto se hace la Historia.

En presencia de la verdad de un suceso, muchas veces no basta todo lo arqueológico y lo documental que se ofrece a la mano del historiador. Quien crea que los documentos contienen todas las partes de un hecho, sueña.

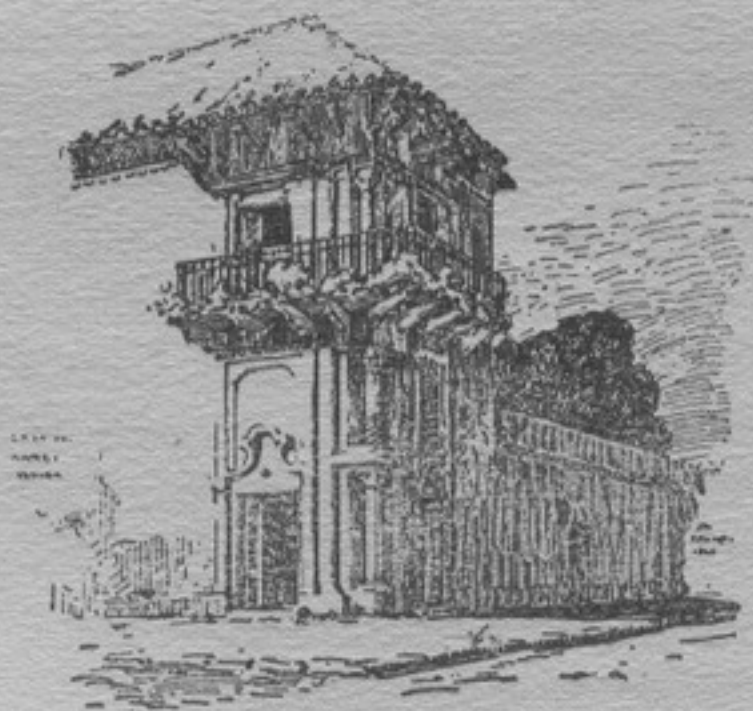
Por lo general, la verdad aparece más o menos reproducida, como en un espejo bien o mal azogado, en la prueba testimonial de los archivos. Entonces se apodera del alma del historiador una justificada cautela; se torna humilde, pues la ciencia con ínfulas, es tan inmoral como la virtud con alardes.

Tomaba sus juicios — Cabrera — como el fruto de sus afanes, mas no como el resultado de un saber infalible. Siempre encontraba la deficiencia de los instrumentos que tenía a su alcance. Por esta razón fué manso con los hombres de la Historia: benévolo al dar un fallo tan comprometido por el defecto de las pruebas.

Su obra forma una verdadera «Monumenta Córdoba Histórica» que hubiera podido llevar a cabo un instituto de investigadores más que un solo hombre, en un medio indiferente y que no exigía ningún rigor en el terreno de la ciencia.

Volvió sobre los pasos de la pseudo Historia labrada por los adversarios de España con tal pujanza y aparato de verdad, que llegó a correr y avergonzar a los propios españoles, que al tocar en materia de la colonización en América sentían pesadumbre, vergüenza y remordimiento histórico, como si pesara sobre sus almas un oprobio secular. Esta empresa de reivindicar a España, fué la aspiración que ennobleció su gabinete de estudio.

En su retiro magnífico de soledad y de silencio; con aquellos cuadros que pendían de las paredes; con los objetos evocadores, opacos por el tiempo acumulado; con los legajos amarillentos taladrados por la polilla, ininteligibles, Cabrera vivió como un artista, como un místico, como un soñador.



ARTURO CABRERA DOMINGUEZ